El Secreto del Papel de Ambite

José Nieto Sánchez

VISION NET

EL SECRETO DEL PAPEL DE AMBITE

JOSÉ NIETO SÁNCHEZ

EL SECRETO DEL PAPEL DE AMBITE

VISION NET

© EL SECRETO DEL PAPEL DE AMBITE
© JOSÉ NIETO SÁNCHEZ
© EDITORIAL VISION NET
Avenida de Asturias S/N. Impares local 5
Semiesquina a Plaza Castilla 3
28029 Madrid (España)
Tel: 0034 91 3117696
url:www. visionlibros.com
Registro Propiedad Intelectual
ISBN: 978-84-9886-671-1
Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: © Marian González
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetado: © Magda C. Vargas Del Valle
magdac_vargas@visionnet.es

Producido por Grupo Corporativo Visionnet
Cuatro Amigos 5. Posterior. 28029 Madrid (España)

Impreso en España.

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Violeta y Lucía

INDICE

1. LOS PAPELEROS 11
2. LOS INGENIOS 17
3. AMBITE EN FIESTAS 25
4. UN VIAJE POR VILLAR DEL OLMO, NUEVO BAZTÁN Y LA OLMEDA 33
5. LOS EXPERIMENTOS 41
6. EL DOMINGO DE RAMOS DE 1766 49
7. LA TRAICIÓN DE UN REY 59
8. EL ALCALDE DE PERALES DE TAJUÑA . . . 65
9. EL MOLINO DE ORUSCO 73
10. LA LARGA BÚSQUEDA DEL ÉXITO 79
11. UN ENCANTADOR DE SERPIENTES 89
12. LA MUERTE DEL PATRIARCA 97
13. LOS TRAPEROS 105
14. ADIÓS A UNA MADRE Y A UN AMIGO 113
15. LOS DESAHUCIADOS 121
16. EL REENCUENTRO 129
17. LA RUEDA DE LA FORTUNA 135
18. EL SECRETO DEL PAPEL 143

1. LOS PAPELEROS

Un soleado día de finales de abril de 1760 Ambite recibió a los Guarro, saga de papeleros catalanes curtida en las mil batallas de la experimentación con trapos, colas y agua. A las riendas de un carro abarrotado de menaje doméstico y algunos bártulos del oficio se encontraba Lorenzo Guarro, el cabeza de familia. Las manos que dirigían el carromato no eran las de un hombre cualquiera. Cuarteadas por el agua y los ingredientes usados para la fabricación del papel, delataban a un varón trabajador y amante de su menester. Junto a Lorenzo se encontraba su mujer Francisca, hija de Pedro Llovet, otro papelero de Capellades, que al igual que los Guarro, se había desplazado hasta el valle del Tajuña para establecerse en el molino del cercano pueblo de Orusco. Francisca era joven y hermosa, y no dejaba de regañar en una mezcla de catalán y castellano a dos niños rubicundos que jugaban con los cachivaches apilados en la parte trasera del carromato.

Venían precisamente de Orusco, donde habían pasado el día anterior en el molino de su suegro. El camino no era difícil, pero al llegar al Arroyo de la Vega Lorenzo tuvo que frenar al potrenco para que no desequilibrase el carro a su paso por el lodo. Había sido aquel un año de lluvias y el arroyuelo estaba intransitable por la ruptura de un portón que distaba una media legua. Francisca tuvo que bajar

a los niños del carro, continuar a pie unos pasos y vadear el aprendiz de río por un pequeño puente ideado por algún lugareño imaginativo. Lorenzo derrochó cuidado con la carga y tiento con el rocín. Entre el material que llevaba precintado había alguna que otra receta confidencial y un frasco con un secreto que su padre había conseguido en su Anoia natal. Era un material suficientemente frágil como para que temiese perderlo. Salvado el obstáculo con maestría, Lorenzo resopló y se limpió el sudor de la frente, mientras Francisca aupaba a los niños a lo alto del carro para continuar el viaje.

A poco menos de un cuarto de legua después del arroyo, los Guarro divisaron una hermosa vega. Desde Orusco no habían dejado de ver la olmeda que atrapaba al río, pero al llegar a vislumbrar Ambite, aquella era cada vez más profunda. Cuando parecía que se iban a meter en la boca del lobo, emergió con fuerza ante la familia un potente salto de agua y junto a él una construcción rectangular tallada toda ella de piedra. El pueblo, de casitas blancas y en el borde de una loma sinuosa, quedaba a lo lejos. Lorenzo espoleó al jumento. Tenía ganas de llegar a su futura morada y tomar contacto con su trabajo, su obrador y sus nuevos oficiales. Francisca volvió la vista atrás. Ahora no miraba a sus hijos, sino a la nostalgia. Su padre y buena parte de su infancia quedaban a unas leguas de distancia.

Lo primero que llamaba la atención del lugar era el rugir del agua. El caz próximo al molino recogía una buena parte de esa fuerza para domesticarla y hacer dar vueltas a la rueda y al martinete que se encargaría de prensar las hojas

del papel. Era un espectáculo único ver funcionar esos ingenios. Lorenzo se acostumbró a observarlos desde que tenía uso de razón en la Anoia, pero no recordaba haber dejado de maravillarse ante el estruendo del agua al chocar con la madera. Lo que para cualquiera hubiera supuesto un simple ruido, a él se le asemejaba a una música celestial que se le había metido en la cabeza desde bien pronto. Siempre quiso ser papelero, un oficio que consideraba casi un privilegio al tiempo que un milagro.

A Lorenzo le gustó el sitio nada más verlo. No sólo por la fuerza del agua; también por la frondosidad de sus olmas. Sabía del amor de su joven mujer por la vegetación y las plantas, y pensó que el contacto cercano con la naturaleza feraz que se abría ante sus ojos le haría más llevadero el alejamiento de su familia. Eran tantos los árboles que rodeaban al molino que se hacía difícil distinguir el cauce del agua. Ésta era muy limpia, casi cristalina y Lorenzo imaginó que era posible realizar allí algunos de los experimentos que su padre le había confiado en secreto algunos años atrás.

Comenzaba a caer la tarde cuando el chirrido del carro anunció la llegada de los Guarro a los habitantes del molino. Dos jóvenes se apresuraron a salir del edificio, mientras otros tres levantaban sus bonetes en señal de saludo al que desde aquel día sería su nuevo maestro y patrón. El recibimiento fue singular. En menos de cinco minutos una quincena de hombres de distintas edades rodeaba a Lorenzo y hablaban con él en una jerigonza que recordaba los tiempos de la Torre de Babel. Unos hablaban en alemán, otros en castellano, aquellos en francés, los más, en catalán.

Todos se afanaban en ser hospitalarios con los recién llegados.

El maestro Pierre Bit hizo de anfitrión ante Lorenzo. Bit era natural de Gascuña, de sólo unos 24 ó 25 años y tenía fama de huraño. A pesar de su juventud, todos reconocían que sabía del papel más que todos los maestros que habían conocido a lo largo de sus vidas. Las leyendas que se cernían sobre la vida del precoz maestro eran extraordinarias. Se decía que había viajado hasta la lejana Asia, donde había conocido secretos que dejaban pequeños a los que contó Marco Polo hacía ya varios siglos. Muchos creían que fue en ese viaje donde Bit descubrió su forma especial de filigranear el papel. No eran pocos los que hacían descansar su buen hacer en una travesía juvenil por los principales molinos papeleros del centro de Europa. Y, puestos a fantasear, no faltaban los que pensaban que su técnica procedía de los conocimientos de un idioma reservado a un grupo selecto de personas. Lo cierto es que Bit se encargaba de aumentar la intriga con su carácter introspectivo y su manejo del oficio. Nada se sabía, sin embargo, de su vida privada. Nadie conocía de mujer alguna que se hubiese relacionado con Bit a lo largo de sus cortos y ajetreados años.

Bit acompañó a Francisca a sus habitaciones y enseñó a Lorenzo el resto de la finca. Después presentó uno a uno a los miembros de la plantilla papelera. Entre los catorce hombres que la componían había un laborante, un ponedor, un lavador, un pilatero y su ayudante, un batidor, un apartador, dos carpinteros y cinco oficiales de zarzo y corta de trapo. La mayoría eran hombres fuertes, capaces de

mover grandes cantidades de peso y habilidosos con las mezclas, las palas y las tinas. Algunos habían recorrido tantos países como Bit y eran muy celosos de sus derechos. Lorenzo no iba a tardar en comprobarlo. Aunque no pudo conocerlas por lo tarde de su llegada, la plantilla también la integraban varias mujeres de Ambite encargadas de trabajar en la selección de los trapos y algunas tareas previas a la fabricación del papel. De su trabajo se encargaría Francisca a partir de entonces.

Cansado por el camino, Lorenzo no quiso ver la maquinaria del molino y se reunió con Francisca en su nueva casa. La mujer ya había ordenado la ropa de vestir. En realidad era poco lo que llevaban. Todo se resumía a unas cuantas camisas y calzas, así como una capa y algo de ropa interior. Pero Francisca no tuvo tiempo de preparar nada de comer y tuvieron que aceptar una invitación de Bit para cenar. El gascón tenía preparado un sabroso agasajo a base de volatería local, pasas y romero que sorprendió a los Guarro por la salsa y el sabor del condimento. Seguramente, un plato fruto de uno de los viajes de Bit. Después de cenar, el introvertido maestro hizo un aparte con Lorenzo y con una delicadeza extrema le expuso los problemas habidos entre algunos operarios y el anterior patrón. Lorenzo escuchó con atención las palabras del que sin duda era un hombre mesurado en el habla y extremadamente razonable en el discurso. En un castellano perfecto, Bit fue desgranando a Lorenzo las siguientes explicaciones.

–El anterior propietario no quiso atender lo que pedían los oficiales cortadores de trapo. Vuestra merced ha de saber que yo no voy a entrar en si sus demandas eran jus-